VOZ DE POETA

(PERFIL Y RECUERDO DE EMILIO PRADOS)

"Estático y secreto", "veletero de aire interior", le llamó Juan Ramón Jiménez. Era entonces sólo el poeta de *Tiempo* y de *Canciones del farero*. Luego fué creciendo, creciendo. Los de su generación no necesitan que se lo presenten. A los nuevos básteles saber, para colocarlo donde corresponde, que Emilio Prados fué de los españoles de quienes se puede decir, con verso de Antonio Machado, "que soñaron un nuevo florecer de España". De ese sueño hizo su vida. Su obra lo atestigua.

Nacido en Málaga en 1899, Málaga lo acompaña toda su vida, en presencia durante su infancia y primera juventud, y en ausencia dolorosamente constante durante el destierro, ya irremediablemente sin fin para él. Transcurren, pues, los primeros veinte años de su vida respirando el aire y la sal del Mediterráneo en la luz de su playa de la Caleta, cuya fotografía amarillenta y desvaída, junto con una concha y una rama de olivo, le acompaña en su habitación casi monacal de la meseta mexicana. Afectado por una grave condición pulmonar, es enviado a Suiza. Allí, en Davosplatz, en la frontera de la muerte que entrevé por primera vez, empieza a escribir poesía. Verdadero desposorio con una amada que no abandonará ya nunca ni por un instante, relación apasionada al amparo de cuya ejemplar fidelidad se forja una poesía en la que Emilio Prados va ahondando para enriquecer a lo largo de los años la imagen cabal e íntegra de poeta y hombre que su muerte, hoy, nos entrega completa.

A su vuelta de Suiza vive en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Pasa después a Alemania, donde estudia en las Universidades de Friburgo y Berlín. De su encuentro con la cultura alemana se queda sobre todo con Hölderlin. Con Rilke también, pues—como me dijo en más de una ocasión—veía una afinidad entre el "ángel" que los andaluces llevan dentro y los ángeles del autor de las *Elegías de Duino*. Desde 1925, con un dinero que le da su padre, funda una imprenta y una revista literaria, *Litoral*. Aparte de lo que significó *Litoral* para la poesía española, la labor de Emilio Prados en relación con esto consiste en haber operado una verdadera renovación de la tipografía en España. De 1925 datan sus dos primeros libros, *Tiempo* y *Canciones del farero,* a los que sigue en 1927 *Vuelta*. Así, a partir de esta fecha, y hasta su muerte, Emilio

Prados, cada vez más abrazado a su poesía, publica un total de 13 libros (1).

En 1939 se cuenta entre los primeros en llegar a México. Su desamparo es total. Pero él, con su maravillosa falta de sentido práctico, le encuentra esta salida: prohija uno de los varios cientos de niños a quienes la generosidad del general Cárdenas, presidente de México, había acogido en Morelia. Emilio le educa, le ayuda a encaminarse, a adquirir un oficio, el de tipógrafo.

En sus primeros años de destierro colabora en una empresa editorial importante: la Editorial Séneca, fundada y dirigida por españoles y mexicanos. A Emilio Prados, en colaboración con Gil Albert, se debe la selección de la parte española de la *Antología Laurel,* la mejor y más representativa que se haya publicado hasta ahora de poesía escrita en castellano. Al mismo tiempo, se rodea de algo esencial para él: los niños. En el Instituto Luis Vives, colegio fundado por los españoles de México, está encargado de mantener la disciplina durante las horas de recreo. Cuando debiera ser severo, lo es, a su modo: les regala caramelos, y a los que ya hacíamos pinitos en las letras, nos regala libros de poesía y nos lleva a ver el atardecer...

No tenían estos paseos a la hora del crepúsculo un mero propósito didáctico. Eran manifestación natural de la manera en que Emilio Prados estaba en la vida. El ser poeta era para él sentirse cedazo por el que había de pasar todo el universo, en comunión esencial con las cosas del mundo, de la vida y de la muerte. "¿Por qué umbral de mi frente / ha nacido el crepúsculo?", dice en uno de sus primeros libros. Y en uno de sus últimos: "Vuelvo a ser mi pensamiento: mi carne intangible vuela / dentro de un pájaro abierto." Se comprende, al leer esto, que su obra no es otra cosa que un trenzar continuo de vida y poesía, de donde resulta una fidelidad que es destino fatal, vocación obligada y total, sin compromisos ni impurezas.

Toda poesía es aventura en lo desconocido, exploración de una tierra ignota. A medida que la aventura progresa, el poeta pasa fronteras, se adentra en bancos de niebla, desvela precipicios. Desde sus primeros versos Emilio Prados vence las fronteras del sueño y de la muerte para adentrarse en una metafísica poética que no tiene rival en la poesía española contemporánea. Las imágenes, los símbolos, en fin, el lenguaje en que se expresa Emilio Prados, sólo pueden ser comprendidos en función de esta metafísica de la que hasta ahora nadie se ha ocupado. Entroncada en las más hondas raíces de la poesía popular española, Emilio Prados la va extrayendo de un fondo infra-religioso, presintiendo la intuición como revelación: "Yo canto mi pensamiento / y el pensamiento no es mío, / sino de quien me lo da." Y este canto surge, no como mera exigencia personal, sino como impulso que viene de más hondo. (¡Canto otra vez! ¡Y Dios siempre naciendo!)

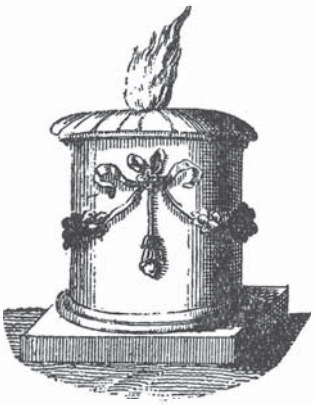
---

(1) *Tiempo,* Málaga, 1925. *Canciones del farero,* Málaga, 1925. *Vuelta,* Málaga, 1927. *Llanto en la sangre,* Valencia, 1937. *Cancionero menor,* Barcelona, 1938. *Memoria del olvido,* México, 1940. *Mínima muerte,* México, 1942. *Jardín cerrado,* México, 1949. *Río natural,* Buenos Aires, 1957. *Circuncisión del sueño,* México, 1957. *La piedra escrita,* México, 1961. *La sombra abierta,* México, 1961. *Los signos del ser,* Madrid-Palma de Mallorca, 1962.

Situada en esta dimensión, su voz de poeta encuentra el timbre justo en una especie de ternura universal que excluye las estridencias de las grandes pasiones emborronadoras. La voz con la que Emilio Prados sostiene su diálogo de solitario con el mundo se afina hasta lograr una transparencia tal que a veces se hace difícil de aferrar. "Blanca es mi voz y oscuro mi silencio", dice Prados. Es decir, el color más pacífico y púdico junto a la noche del silencio por explorar. En este tono y desde la dimensión antedicha hay que buscar el verdadero significado de esta poesía en la que su creador se sintió vivir y nacer para siempre:

Nada tuve ni me llevo.
Cuando me llamaban vivo,
tan sólo estuve escondido
dentro de lo que poseo.

Que vuelva el barco a la mar,
que suba el pájaro al cielo
y mi voz vuelva a cantar.



ENRIQUE DE RIVAS